

PRÓLOGO

Es posible que muchos lectores, al entrar en contacto con los contenidos de este Tratado de Sociología, experimenten alguna extrañeza, hallándolo diferente de lo que por su título se prometieran. Aunque la ciencia sociológica presenta en sus varias tendencias disimilitudes tales que, a veces, no ya sorprendente sino hasta inverosímil resulta la común adscripción a una y la misma disciplina, y aunque ésta se encuentre, como se encuentra, en condiciones de una plasticidad que al estudiante no avezado puede parecerle desesperante, todo lo cual justificaría sin más explicación las pretensiones de cualquier nueva singularidad en el enfoque o tratamiento de su materia, no quiero dejar de discurrir aquí en defensa de las infrecuentes posiciones que la obra ampara bajo aquel epígrafe, deliberadamente anodino, cuyo escolasticismo pudiera sugerir en cambio la idea de una académica docilidad a las tradiciones de la Sociología.

Se propone ese encuadre formal y externo mantener, ya desde el comienzo, la conexión con el cultivo de la materia en su línea histórica, tomándola como un cuerpo de saber elaborado en unidad de intención desde el momento en que la ciencia sociológica fué fundada hasta las más recientes discusiones de que ha sido objeto. Consérvase aquí, en conjunto, la habitual problemática, y se toman en cuenta, para aceptarlas o para criticarlas, aquellas aportaciones más substanciales que en el curso de su tratamiento ha recibido. En lo esencial, se preserva en este libro la tradición de la Sociología, procurando sostener la continuidad de su cultivo.

Pero ello, sin perjuicio de las convicciones fundamentales del autor, cuyos puntos de vista no debían ser sacrificados a ningún espíritu de escolaridad. Si estos puntos de vista habían de ser fecundos, sería a condición de afirmarse, no desconsiderada, pero sí enérgicamente; sólo de esa manera alcanzarían la virtud necesaria para constituir una aportación efectiva a dicha tradición, modificándola en alguna medida.

Aquello en que, por ventura, resida su pretendida aportación al conocimiento de la realidad social ha de encontrarse desarrollado, o apuntado cuando menos, sobre todo, en la parte sistemática del Tratado, que constituye su segundo tomo: ahí se expone con alguna amplitud e insistencia el enfoque de principio que, según su naturaleza, corresponde al conocimiento del

objeto social, se procura aislar a éste dentro del conjunto abigarrado del mundo histórico, se discute la posibilidad de alcanzar tal conocimiento, se ordenan las categorías cardinales del mismo, y se tratan de aclarar las posiciones teóricas establecidas, mediante adecuados análisis de la realidad concreta en sus diferentes aspectos.

Pero si ese volumen, Sistema de la Sociología, va precedido de una Historia de la Sociología que presta contenido a este primer tomo, no ha de pensarse que tal exposición histórica responda a un designio meramente informativo sin otra conexión con la parte sistemática que su eventual valor de preparación docente para quien, luego, quisiera adentrarse en el trabajo crítico y constructivo. Lejos de ello, esta historia pertenece ya, como parte esencial suya, al propio sistema, y quien penetre en el sentido de su estructura lo advertirá de inmediato. No se encontrará en sus páginas un simple acopio de datos, lo más numerosos y completos posible, acerca de los esfuerzos que, acá y allá, se hayan cumplido con vistas a obtener un conocimiento de la realidad social o a sustentar una interpretación de su movimiento histórico, como suele ser el caso con la mayoría de tales Historias; hemos entendido que esa labor recopiladora, varias veces realizada con mejor o peor fortuna, adolece por lo común de una deficiente comprensión del sentido de dichos esfuerzos encaminados a alcanzar el conocimiento de la realidad social, de tal manera que su registro y catalogación no pasa de ser en el mejor de los casos un alarde erudito, no desprovisto de utilidad, pero incapaz de coordinarse de manera viva con el conocimiento sociológico actual. La razón es que esas historias de la ciencia sociológica han sido emprendidas siguiendo el modelo de la historia de las ciencias naturales, sin percatarse de la gran diferencia que separa a éstas de aquélla. La historia de la Física por ejemplo, tiene como eje la acumulación de un saber efectivo, alrededor del cual se escalonan errores y rectificaciones, hasta llegarse al centro de la ciencia física en su estado actual; ese eje presta estructura indiscutible a su historia, y la conecta con el presente. Pero tal acumulación de saber no se da en Sociología. Esta ciencia trata de captar la realidad social según las exigencias derivadas de la peculiar índole del objeto, que es un objeto de naturaleza histórica, cuya esencia no se deja aprehender en las categorías empleadas por la Física y demás ciencias naturales. El objeto de la Sociología está constituido por ciertas estructuras de la realidad histórica actual —histórica, en cuanto que actual— pertenecientes a nuestra vida del modo más íntimo, tanto, que resulta imposible desligarlas de ella a la manera de la objetivación habitual frente a otro tipo de objetos. Aquí, no sólo el conocimiento es una operación del vivir, sino que la materia de ese conocimiento es, a la vez, materia de esa vida: el saber que de ella se adquiera no podrá, pues, ser un saber acumulativo; tendrá que ser un saber plenario (por lo menos, en cuanto a su intención), a diferencia del saber científico-natural, que es parcial y progresivo; un saber que ilumine en su conjunto el presente histórico, como nudo vital entre el pretérito que sobre él gravita, y la voluntad de futuro. En la efectividad histórica de ese presente es donde

HISTORIA DE LA SOCIOLOGÍA

puede hallarse el nexo de los diferentes esfuerzos realizados para el conocimiento de la realidad social dentro de la disciplina sociológica. Por eso su historia no consiste como la de las ciencias naturales en la exposición ordenada de las peripecias a través de las cuales se ha constituido un núcleo de adquisiciones válidas que integraría su positivo acervo: la recapitulación anecdótica de sus pasos carece, a decir verdad, de todo interés vivo. La historia de la Sociología tiene que ofrecer una ilustración substancial de la realidad profunda en cuyo conocimiento se propone penetrar la Sociología misma: tal es su auténtico sentido.

Ahora bien: la disciplina sociológica aparece como una ciencia destinada a proporcionar un conocimiento de la realidad social en un momento histórico en que la estructura de esta realidad estaba sufriendo serios trastornos; y ello, con vistas a eliminar dichos trastornos mediante la deliberada actuación sobre unas condiciones que sólo previa averiguación de sus términos exactos podrían ser modificadas. La Sociología se define así como ciencia de la crisis; y, por cierto, aspirando a ser ciencia en el mismo sentido y con las mismas características que presentaban las ciencias naturales, tan eficaces en la función de dominar y controlar las fuerzas inanimadas de la Naturaleza exterior, sometiénolas a la voluntad del hombre. Los avatares a que tal Sociología debía verse sometida en el curso de su historia provienen de aquellas circunstancias de crisis social que determinan su constitución, estando ligados al descubrimiento de la realidad profunda y a la comprensión del momento. El despliegue histórico de la disciplina debe ordenarse, pues, sobre el despliegue histórico de la situación social.

A esta norma hemos querido atenernos al bosquejar el plan de nuestra exposición: comienza con un examen sumario del conjunto de factores que concurrieron al nacimiento de la ciencia sociológica. Ya la cuestión misma del nombre con que se la vino a designar es contemplada atendiendo a descubrir lo que pueda ocultarse más allá de la trivial anécdota, de igual manera que se trata de captar el sentido a que responden las alternativas de prestigio y desprestigio por que la disciplina ha atravesado en sucesivas etapas. Y, sobre todo, se ha querido prestar la debida consideración al significativo propósito de construirla como una "ciencia", a la par de las ciencias naturales a que se vinculaba por entonces el ideal del conocimiento, pero, al mismo tiempo, superándolas y cerrando su catálogo.

Estas condiciones generales han sido emplazadas dentro del marco histórico ofrecido por las nacionalidades, tal como se las encuentra en la época: a saber, en un equilibrio inestable, determinado por las pugnas de poder con sus variables resultados. El desarrollo de la Sociología, ya desde la aparición misma de la disciplina, se cumple, en efecto, dentro de ramas nacionales y refleja de alguna manera sus posiciones relativas dentro de la comunidad internacional. Como, no obstante, es una ciencia cuyos resultados aspiran a validez universal y cuyo cultivo se practica en una colaboración de los hombres de ciencia pertenecientes a diversos países, aquella distribución en ramas nacionales era delicada y dependía de interpreta-

ciones siempre cuestionables. Ignorarla hubiera sido ilegítimo, sin embargo; pues no sólo resulta evidente, sino también de significación capital.

Contempladas, pues, las circunstancias generales que dan lugar a la aparición de nuestra ciencia, se pasa revista a las aportaciones de fondo sobre cuya base debía constituirse, ordenando en tal sentido la obra de los precursores, para exponer en seguida con algún detenimiento, aunque sólo en sus líneas generales, la obra de sus fundadores, dentro de la serie: Comte, Stuart Mill, Spencer. Vienen a continuación los despliegues nacionales alcanzados por la Sociología en Francia y Bélgica, y en Gran Bretaña y los Estados Unidos de Norteamérica, para pasar después al estudio, no por cierto leve, del desenvolvimiento experimentado por el conocimiento científico de la realidad social en el ámbito de la cultura germánica, donde adquiere imponderable dificultad el establecer la conexión entre este conocimiento y la coyuntura del destino nacional.

Seguidamente es destacado aquello que más originalidad presenta en la producción sociológica italiana, haciéndose luego un breve repaso de la literatura científica surgida, dentro de la tradición de la Sociología, en otros países. Por último, se dedica un capítulo a las manifestaciones de dicha ciencia brotadas en el terreno de la cultura hispánica, capítulo con el que termina la parte primera de este libro.

Vale la pena de explicar, siquiera sumariamente, las razones que nos han movido a cerrarla y concluir el esbozo histórico de la disciplina sociológica exponiendo los frutos —escasos, si no siempre desmedrados— que su cultivo ha rendido en nuestro propio campo histórico; el hecho de serlo no convertiría sin más en argumento aceptable una decisión subjetiva. Es el caso que, cuando se contempla el panorama de la producción intelectual española e hispanoamericana durante el tiempo mismo en que la Sociología prosperaba en otros países, esto es, desde mediado el siglo XIX hasta la hora actual, se encuentran, desde luego, reflejos de aquella nueva ciencia en el pensamiento de numerosos escritores, así como el propósito en algunos de cultivarla con fidelidad escolástica; pero, sobre todo, una preocupación por los problemas sociales internos, estrechamente ligada a la angustia por el destino histórico de la correspondiente comunidad, angustia a la que se le busca expresión y se le trata de dar forma las más de las veces dentro del dogma de las nacionalidades que, sin vacilación, imperaba en la conciencia de la época. Esa angustia culmina, como es notorio, en la generación del 98, obsesionada por la cuestión del ser y destino de España; pero no es, ni mucho menos, exclusiva de dicha generación. Ahora bien: los esfuerzos para dilucidar aquella cuestión capital se llevan a cabo casi siempre en vías de una especulación libre, apoyada en actitudes filosóficas y servida por la intuición espontánea a que tanto se presta la laxitud del ensayo, género predilecto de ese tipo de escritores y que, asimilándose en alguna medida a la conferencia, al artículo periodístico y al discurso político, anuda con la tradición de los dictámenes, informes y alegatos de épocas anteriores. En esta labor intelectual se suelen considerar, por supuesto, los datos de la realidad social, descrita e interpretada con referencia a las

direcciones del proceso histórico: cómo sea en verdad el país, cuales puedan ser sus perspectivas de futuro y, al mismo tiempo, qué política proceda poner en práctica para su mejor conducción, —tales son los motivos más frecuentes en la pluma de escritores españoles y americanos. Pero esos son también, en último término, los temas fundamentales de la Sociología; sólo que, ahí, los hallamos desenvueltos fuera del marco de los principios teóricos de la ciencia, sin sujeción a las exigencias de su método y en una actitud de total desinterés hacia sus propósitos sistemáticos.

Descubrimos, pues, por un lado, muy despiertas y vigilantes aquellas mismas preocupaciones radicales a que vino a dar satisfacción la disciplina sociológica, si bien manifiestas en una producción intelectual ajena a ella; por otro lado, registramos también la actuación de algunos cultivadores de la misma, que se limitan a realizar obra de mera aceptación pasiva, difundiendo con leves adaptaciones el pensamiento exógeno. Y es de notar que, entre los escritores que aceptan de modo pleno y deliberado la sistemática sociológica, son justamente aquellos que introducen en su molde investigaciones frescas y directas acerca de la realidad y destino del país propio, en un sentido coincidente con los afanes de los ensayistas libres, quienes llevan a cabo una aportación original y vigorosa a la Sociología misma, como si al contacto del tema del ser y destino de la propia comunidad histórica se encendiera y adquiriese vivacidad su pensamiento.

No es difícil percibir en la repetida preocupación el síntoma, dentro del ámbito de la cultura hispana, de la gran crisis que, en otros países del Occidente, a la sazón cargados con la responsabilidad de la iniciativa política, dió lugar a la creación de la Sociología. La carencia de esa iniciativa —perdida desde hacía ya siglos—, la repugnancia hacia la estructura pragmática del saber a que la ciencia responde —repugnancia determinada por los principios de una tradición cultural que la Contrarreforma había estancado—, el desconcierto que no podía dejar de producir la aplicación del dogma nacionalista a un cuerpo histórico de dimensiones supernacionales quebrado, al azar del fracaso, en multitud de Estados, y el aislamiento, en fin, de tan prolongada estancia al margen, tenían que ocasionar ese modo esquinado e incompleto en que los países de raíz hispana participan de la aventura del conocimiento sociológico. Hubiera sido impertinente el ingerir en una exposición histórica del desarrollo de la Sociología el análisis del papel marginal que ha correspondido al mundo hispano en la cultura occidental desde el Renacimiento, —tanto más cuanto que en fecha reciente (Razón del mundo, Buenos Aires, 1944) hubimos de consagrarle atención amplia y particular—. Pero si no era oportuno ahora el intento de desenredar ese entrecruzamiento de causas que hacen precario en nuestros países el cultivo de la Sociología, a la vez que despiertan en ellos una conciencia angustiosa del propio ser y destino, procede, en cambio, llamar la atención sobre el hecho de que, en estos últimos años, tan decisivos, se ha suscitado y se revela en pugna con indecibles dificultades un interés activo hacia el problema capital de esa ciencia por parte de algunos pensadores y estudiosos españoles, síntoma probable de que nuevas circuns-

tancias históricas permiten enlazar las actitudes tradicionales en ese área de cultura con la situación crítica en que el Occidente ha desembocado, e inducen a hacerlo. Esas nuevas circunstancias históricas pueden haber sido las de la irrupción en el terreno español de la gran lucha de poderes que pronto se convertiría en segunda guerra mundial: prendiendo en un conflicto de carácter interno —expresión renovada una vez más del impasse en que España se debate desde hace siglos—, aquella gran lucha de poderes la arrastraría al centro mismo de la crisis, y volvería a incluir su particular destino en el destino del Occidente y del mundo entero. Con esto, se abre una coyuntura de solucionar el problema a que sus hombres de pensamiento estuvieron fijados por la actitud espiritual que culminó en la generación del 98, integrándolo en una comprensión adecuada del momento histórico-universal, que supere las perspectivas parciales. En honor a tal coyuntura hemos creído que debíamos terminar la exposición del despliegue de la Sociología repasando la suerte sufrida por esa ciencia en nuestros propios países.

La segunda parte de la Historia de la Sociología, una vez expuesto el crecimiento de esta ciencia en ramas nacionales, se propone agrupar su materia, ahora, dentro de esquemas intelectuales, es decir, según tendencias teóricas. El punto de partida no es otro sino aquella pretensión, ya aludida, de obtener el conocimiento de la realidad social mediante el instrumento de una ciencia, erigida según el modelo de las ciencias naturales, a las que, en el momento inicial de la Sociología, se vinculaba el ideal de todo saber verdadero. Un análisis de tipo histórico-cultural nos muestra cuáles son los supuestos metafísicos y filosóficos sobre los que esa construcción del conocimiento a que llamamos Ciencia se encuentra apoyada: por abreviar, pueden caracterizarse como "naturalismo materialista". Pues bien: ya que nuestra disciplina se constituye con la intención de ser una ciencia, y no una ciencia más entre las otras, sino precisamente la que debería englobar a todas las demás cerrando el edificio del saber humano, hemos tomado, como base para la clasificación de las tendencias doctrinales en que se encuentra dividida, aquella que con mayor ortodoxia responde a los principios clásicos de la Ciencia natural. En rigor, la gran masa de la producción científica que llena la historia de la Sociología está fundada sobre la metafísica materialista implícita en dichos principios; y sólo muy excepcionalmente se descubre el designio de construir sobre otros cimientos filosóficos el conocimiento de la realidad social. Más frecuente es, en cambio, que las exigencias internas de esta misma realidad, las condiciones esenciales del objeto, desvíen de modo inconsciente —y con frecuencia, afortunado— a los sociólogos de sus confesas postulaciones de principio.

Si queremos, pues, ordenar las tendencias doctrinales que se descubren en la literatura sociológica arrancando de los supuestos del cientificismo naturalista, deberemos proceder a graduarlas según el radicalismo con que se propongan practicar la reducción de la realidad social, que constituye su objeto, a aquella otra realidad substancial —la materia inanimada— en

que consistiría el ser último y esencial del universo. Tal ha sido el criterio puesto en juego para esta segunda parte de la Historia: comenzando por mencionar las teorías sociológicas que hallan la explicación de las condiciones sociales en las del medio físico exterior al hombre, se pasa luego a aquellas otras en que el hombre mismo funciona, por sus aglomeraciones, como factor físico externo; después, a las que buscan las supuestas determinaciones de su naturaleza étnica; y por fin, a las que observan el funcionamiento de la determinación natural a través de los mecanismos psíquicos. A continuación, se contemplan las posiciones que, tomando a la sociedad como un todo, investigan de alguna manera pretendidamente naturalística el hecho de sus variaciones históricas, lo que ante todo se cumple al evidenciar los contrastes entre las sociedades llamadas primitivas y nuestra sociedad civilizada. El naturalismo suele transportar de ese modo a la sociedad el concepto de evolución que prevalecía en la ciencia para las especies naturales.

En relación con ello, se menciona también el organicismo; pero esta doctrina o grupo de doctrinas pese a su crudo lenguaje naturalista, comporta más bien, conectada con una filosofía natural, una filosofía de la Historia que hace gravitar ya la interpretación de la realidad social sobre un centro de atracción potencialmente muy alejado de la metafísica materialista. En verdad, estamos asomándonos ahí a un terreno que, en principio, no tiene por qué ser el del naturalismo, y que, incluso, lo rechaza de plano: el terreno histórico.

En contraste con las reducciones varias del objeto de la Sociología a la naturaleza material y sus determinaciones, tal como han sido presentadas escalonadamente, se salta después a considerar la sociología de base idealista en su caso más puro y extremo: en el sistema, llamado universalista, de O. Spann, del que se hace una caracterización sucinta, aunque suficiente —creemos— para ofrecer un punto de referencia con que poder confrontar la serie de las tendencias doctrinales de base materialista.

Y con eso, se pone fin a esta segunda parte de la Historia de la Sociología: quedan sin contemplar en ella las direcciones teoréticas que, absteniéndose de remitir los fenómenos sociales al principio metafísico postulado por el naturalismo, así como también al principio idealista, se esfuerzan por captar su realidad en sus propios términos, mediante conceptos ajustados a la exigencia de su ser tal cual se nos revela en la existencia inmediata. La razón que nos ha decidido a prescindir aquí de tales esfuerzos reside en el hecho de que, precisamente, abundan en tal sentido los que nosotros mismos emprendemos en la sistemática del Tratado. En efecto: la primera parte del Sistema de la Sociología contiene una discusión de carácter metodológico mediante la que tratamos de precisar cual sea la construcción debida a la índole del objeto de la Sociología. En esa discusión se toman en cuenta, para compulsarlas a fondo, las posiciones de principio que interesan al adecuado tratamiento de la materia. Pero, entonces, nos hemos salido ya del terreno histórico para pisar el de la problemática actual.

Resulta así visible que, en esta segunda parte de la Historia, y por lo que

TRATADO DE SOCIOLOGÍA

se refiere al despliegue interno de sus tendencias fundamentales, la Sociología va, desde la actitud naturalista en que se asienta su inicial construcción como ciencia, hasta las desligadas posiciones que hoy quieren prestarle una estructura adecuada a la esencia del objeto. Tales posiciones constituyen, sin embargo, el comienzo de su tarea sistemática, a la que pretende dar cumplimiento el segundo volumen.

En cuanto al tomo tercero del Tratado, Nomenclator bio-bibliográfico de la Sociología, deberá desempeñar en el conjunto una función auxiliar de documentación, aspirando a ser un instrumento de trabajo útil al estudio de la disciplina.